

Fundamentos filosóficos de la educación. Profesores, ¿por qué? y educación, ¿para qué?

Alfredo Jiménez Orozco*

«El maestro que intenta enseñar, sin inspirar en el alumno el deseo de aprender, está tratando de forjar en hierro frío»

Horace Mann

Dos preguntas relevantes que se presentan a la vista y que, sin duda, están íntimamente ligadas al quehacer docente responsable y proactivo. Sobre estas interrogantes, además de los términos Profesor y Educación, trataré de reflexionar en el presente ensayo, abreviando del legado que nos han dejado los filósofos, educadores, pedagogos y escritores de todos los tiempos; sin embargo, haré especial énfasis con uno de los autores del pensamiento pedagógico fenomenológico-existencialista, nacido en Viena en el siglo XIX y fallecido en Jerusalén en el siglo XX (1878-1966), considerado como el filósofo más importante de la religión y contemporáneo del existencialismo, pensador liberal y autor de *La vida en diálogo, yo y tú* cuya concepción pedagógica destaca en tres aspectos, a saber: el primero, implica el encuentro directo entre los hombres, la relación entre ellos y el diálogo entre yo y tú, o bien, me atrevo a pensar que podría ser, por qué no, tú y yo, como bien lo dicta el dicho popular: «primero va el burro...». Me refiero al pensador Martín Buber, quien será uno de mis referentes; el otro referente será Georges Gusdorf, filósofo francés nacido en 1912, en Burdeos.¹

Si bien Buber se refería básicamente a los niños de educación primaria, aplicaré sus reflexiones a los jóvenes alumnos de las aulas universitarias y a mis pacientes del Hospital General de Zona del Instituto Mexicano del Seguro Social del estado de Oaxaca y desde luego también

derivado de mi práctica médica privada en la intimidad de las cuatro paredes del consultorio.

Profesor, ¿por qué? y educación, ¿para qué? El sentido de este enunciado, aunque podría ser polisémico, resulta muy interesante si pensamos que el sentido correcto sería: ¿por qué soy profesor?, ¿por qué soy educador?, ¿qué me mueve a ser profesor?, ¿para qué se educa?, ¿cuál es el verdadero sentido de la educación?, ¿cuáles son sus fines? y ¿en qué consiste la naturaleza de la educación? Aún en la actualidad estas interrogantes no se han respondido con entera satisfacción; es mucha la tinta utilizada tratando de dar respuesta y aun así no se ha encontrado un consenso; ¿a qué se deberá?, no lo sé a ciencia cierta, pero considero que ha de influir el hecho de que la humanidad (hombres y mujeres) es débil e incierta, poderosa y vertical, enigmática y desconcertante.

Es débil porque ante la majestad de la naturaleza y ante la eternidad, el hombre es un minúsculo ser, cuyas causas iniciales y finales desconocemos, no sabemos con certeza a qué vinimos, de dónde procedemos y desconocemos adónde vamos a ir al final de nuestra línea de la vida. Los humanos somos seres desamparados en la inmensidad del universo y que sólo tiene a su servicio su inteligencia, su pensamiento, sus sentimientos, sus emociones y su trabajo para defenderse de todos los peligros que le acechan. Mientras no haya nada que revele lo contrario, el hombre seguirá sintiéndose solo, debatiéndose en su mundo, sin una esperanza suprema y realista de superación. ¿Qué existen fuerzas inmanentes que van unidas de un modo inseparable a su esencia? Sí es cierto, pero sólo las aprovechamos como refugio espiritual de nuestra soledad. Creo que la humanidad es incierta porque nadie conoce el futuro, sólo el

* Profesor de la Universidad Regional del Sureste, Oaxaca.

Este artículo también puede ser consultado en versión completa en <http://www.medicgraphic.com/emis>

instante en que vivimos. En nuestra filogenia llevamos todo nuestro pasado y en nuestra imaginación, ¡bendita imaginación!, todo nuestro porvenir. Lo real es que el momento en que se vive, sin saber de dónde vinimos ni hacia dónde vamos, aunque algunas veces sabemos cuál es el punto inicial de algunos, pero nunca el momento de la partida.

¿Por qué?, ¿dónde?, ¿cuándo?, ¿cómo? Cuatro interrogantes permanentes en nuestro espíritu que no podemos satisfacer plenamente, sólo sabemos de nuestro tránsito en la vida y la tendencia racional es hacer de ésta un motivo de bienestar, comodidad y superación. En estas circunstancias sólo la previsión, la convivencia, la solidaridad, la amabilidad, es decir, la fórmula suprema de la educación, nos podrían aliviar de la incertidumbre de nuestra condición de humanos.

Considero que la actitud del hombre es vertical porque, en todos los tiempos y lugares, siempre han existido seres humanos representativos de nuestra especie que han ejemplificado con los actos de su vida un deseo de superación, algunos de los que han despuntado por su verticalidad y sus acciones son: Sócrates, Platón, Miguel Ángel, Leonardo Da Vinci, Newton, Pasteur, esposos Curie, Marx, Benito Juárez, entre muchos otros más que han hecho evolucionar a la especie humana. En lo personal, considero necesario hacer una mención especial a la cabeza de los arriba mencionados: Jesús, quién dividió la historia de la humanidad y a la fecha ha dado muestra de amor. Coincido con el Doctor Augusto Cury,² creador de la inteligencia multifocal, quien considera a Jesús como el educador más grande de todos los tiempos. Cito un fragmento de Augusto Cury:²

Cristo no tenía formación psicoterapéutica, pero era un maestro de la interpretación, pues conseguía captar los sentimientos de las personas. Se daba cuenta de sus conflictos más ocultos y actuaba sobre ellos con inteligencia y eficiencia. Era común que se anticipara y diera respuestas a preguntas que aún no habían sido hechas o que las personas no tenían coraje de expresar. [...] Reaccionaba con educación hasta cuando lo ofendían profundamente. Era amable hasta cuando corregía o reprendía a alguien. No exponía en público los errores de las personas, pero las ayudaba con discreción, considerándolas por encima de sus errores, conduciéndolas a que se autoevaluasen. Aunque fuera elocuente exponía y no imponía sus ideas. No persuadía ni trataba de convencer a las personas a que creyeran en sus palabras. [...] No las presionaba para que lo siguiesen, solamente las invitaba. La responsabilidad de creer era exclusivamente de ellas. Sus parábolas no producían respuestas listas, pero estimulaban el arte de la duda y la producción de pensamientos.

Gusdorf (1969), quien ha tenido notoriedad en el desarrollo en torno a la antropología filosófica y la filosofía de las ciencias humanas, indica que la filosofía no es una disciplina especulativa, sino que constituye el marco que permite comprender la totalidad de las actividades humanas, no sólo las cognoscitivas. En el hombre siempre queda un remanente, constituido por sus posibilidades, las que nunca se agotan, porque no pueden realizarse totalmente. Sus tesis respecto a la enseñanza son revolucionarias, como lo demuestra en su libro *¿Para qué los profesores?*, diciendo que el Sócrates platónico del *Menon* resume de esta manera la paradoja de toda enseñanza «A un hombre no le es posible buscar lo que sabe ni lo que no sabe. No buscará lo que sabe, puesto que ya lo sabe y no hay necesidad alguna de búsqueda, ni tampoco lo que no sabe, pues, en tal caso, tampoco sabe lo que ha de buscar»; por lo tanto, deduzco que nadie puede aprender ni enseñar nada, según este patriarca de la pedagogía occidental, y la civilización escolar en toda su extensión no sería sino un gigantesco engaño.

Expresa Gusdorf que el mejor maestro no es el que se impone, el que se afirma como dominador, dueño del espacio mental; el mejor maestro, por el contrario, se hace discípulo de su discípulo, se esfuerza en despertar una conciencia que se ignora a sí misma y en guiar su desarrollo en el sentido conveniente. En vez de captar la buena voluntad inocente, se propone la tarea de despertar la espontaneidad natural de un espíritu joven al que se debe liberar. Sócrates, que se eclipsa ante su alumno, no es un maestro menor que el que se impone y reina mediante prestigios demasiado fáciles.

Encuentro en este último párrafo, un franco paralelismo en lo que expresa Gusdorf de Sócrates y lo que dice Cury de Jesús, respecto a las características de un buen maestro.² El primero expresa que el mejor maestro no es el que se impone, el que se afirma como dominador, dueño del espacio mental, el mejor maestro se hace discípulo, se esfuerza en despertar una conciencia que se ignora a sí misma y en guiar su desarrollo en el sentido más conveniente, despertar la espontaneidad siendo creativo y humilde. Y en cuanto a Jesús, Él tenía plena conciencia de lo que hacía como maestro, sus metas y prioridades estaban bien establecidas. Era seguro y determinado, flexible, atento y educado, paciente para educar y antes que ser pasivo, era instigador. Despertaba sed de conocimiento, decía mucho con pocas palabras, era intrépido al expresar sus pensamientos, mezclaba la sencillez con la elocuencia, la humildad con el coraje intelectual, la amabilidad con la perspicacia...

Educar, ¿para qué? Para contribuir a la formación integral del ser humano, buscando «sacar», es decir, «obtener» lo mejor del alumno para que pueda desenvolverse asertivo

vamente en el mundo que le rodea; es un tanto como quitarle la venda de los ojos para comprender mejor la realidad existente, y así, pueda elegir lo que mejor le convenga.

Sobre la educación integral entendida como un campo de indagación para enseñar y aprender, basados en principios acerca de la vida humana y la relación entre los seres humanos y el universo, Kane Jeffrey (en *Educación holista*, 1999), señala que la educación es definida como el reconocimiento de lo sagrado en el niño, el mundo y ciertas formas de conocimiento. Desde esta perspectiva, el propósito de la educación es nutrir el potencial humano mediante el autoconocimiento al conocimiento del mundo, de la espiritualidad a la sociedad.³

Me permito concluir el presente ensayo con la siguiente definición: el profesor es un ser humano que, mediante el noble acto de educar, contribuye a construir un mundo más amable y mejor habitable. Pensado de este modo, el profesor sería una especie de vehículo para alcanzar la felicidad como fin supremo. Educar para reencontrar la fe en este globo terráqueo que cada vez se encuentra más enfermo, menos habitable y más inhóspito. Educar es un acto de servicio al prójimo, es un acto de solidaridad, es, en suma, un ACTO de AMOR.⁴

Considero que la educación debe ser integral, pero que de ninguna manera conviene darle todo el peso de la carga de demandas sociales; el profesor tampoco es el único actor de este proceso de gran responsabilidad, ya que pensar así sería irresponsable, sería descargar a los demás actores sociales de su ineludible deber de participar en la formación de una sociedad democrática. A fin de cuentas, todos educamos: educan los padres, educan los medios de comunicación y centros religiosos, etcétera; deberían de educar los políticos, los artistas, los deportistas, los comerciantes y todos aquellos personajes que tienen proyección simbólica y ejemplar sobre los demás, así pues deberíamos educar todos, en nuestros círculos desde cada una de

nuestras trincheras. Todos deberíamos tener presente la ineludible responsabilidad de enseñar y borrar de nuestras neuronas que la educación es cuestión de unos cuantos y que los demás debemos desentendernos completamente de ella. Como ya lo mencioné, pensar así significa rayar en la irresponsabilidad, eludir nuestra reflexión ética y nuestras acciones morales: es, más bien, practicar una ética comodina. Pensar que los profesores o maestros somos los únicos depositarios de la obligación de educar es una posición, además de antisocial, injusta e inútil. Propongo un cambio de actitud, si queremos evitar que la aldea en que habitamos termine por destruirse y con ella la humanidad entera. Creo que la educación responsable y la solidaridad es la única vía que puede salvar al mundo que habitamos ¡de nosotros, los *homo sapiens*, depende!^{5,6}

BIBLIOGRAFÍA

1. Delors J. La educación encierra un tesoro. Informe a la UNESCO de la Comisión Internacional sobre la Educación para el Siglo XXI. Madrid: Santillana Ediciones UNESCO; 1997. Disponible en: http://www.unesco.org/pv_obj_cache/pv_obj_id_420FABF525F4C4BBC4447B3D78E7C24EC1311100/filename/DELORS_S.PDF
2. Cury A. El maestro de maestros. Nashville, USA: Grupo Nelson; 2006: 14-28.
3. Savater F. Los caminos para la libertad: Ética y educación. México: Planeta; 2000: 71-99.
4. Zepeda M. Profesión: maestro. México: Editorial SM; 2006: 11-15.
5. Gómez NR. Educación holista. México: Pax México; 1999: 148-162.
6. Gadamer G. La educación es educarse. España: Paidós Ibérica; 2000: 7-51.

Correspondencia:

Alfredo Jiménez Orozco

Joaquín Capilla núm. 100,
Col. Olímpica, 68020,
Oaxaca, Oaxaca.

E-mail: Alfredoj10@hotmail.com